

A este recuerdo, Amparo ocultó su cabeza entre las manos y lloró dolorosamente.

Roman la contemplaba con una triste conmocion sin atreverse á interrumpir su dolor.

La noche habia caido completamente inundando con sus sombras el aposento.

Amparo se levantó al cabo de un rato, enjugó sus lágrimas con la punta de su mascada y fué á encender la lámpara, volviendo á sentarse al lado del jóven para continuar su narracion.

Fuera de la estancia seguia gimiendo la lluvia.

VI.

UNA MADRASTRA.

UN mes permaneció mi padre en Jalapa guardando el duelo de mi madre; pero al fin el nuevo gobierno le llamaba á México para recompensar los sufrimientos de su destierro y premiar sus servicios con un elevado puesto en la magistratura.

Siéndole ya inútil por consiguiente la casa de Jalapa, la vendió tal como estaba, hasta con sus muebles, á un rico comerciante de Veracruz y comenzó á hacer los preparativos para el viaje.

Yo sentí mi corazon despedazarse al tener que abandonar aquella morada de paz y silencio que me habia abrigado durante catorce años al lado de mi madre, de las tempestades del mundo, aquella morada ocupada todavía por su sombra, perfumada por su atmósfera, santificada por su memoria.

Una hora antes de partir, recorrí todos los aposentos para decirles mi triste despedida, el salon donde recibia la instruccion y hacia mi labor al lado de mi madre, los lugares todos impregnados de un mundo de recuerdos, mi aposento con sus ventanas al alegre corredor, los objetos debidos á su tierna solicitud, el jar-

din ahora abandonado donde en otros días habíamos cuidado juntas de las flores, el lugar donde hablamos de alguna cosa, aquel donde me dió tiernos consejos, tal otro donde se leyó con lágrimas una carta de mi padre, su aposento con los objetos colocados aún de la misma manera que ella los había puesto, su lecho donde la había visto languidecer y que ahora iba á pasar á manos estrañas que lo profanarian.

Iba yo, corria de un lugar á otro, abrazando los muebles como si fuesen seres amados, besando con lágrimas su lecho, guardando en mi maleta su vestidos y todos los objetos pequeños que le habían pertenecido, guardando en mi seno las flores de su predileccion, anhelando en fin, mirar por la última vez aquella santa habitacion que no debía volver á contemplar.

Una hora despues, seguia yo en un coche el camino de México con mi padre y una anciana mujer que había amado á mi madre como hija, á mí como nieta y que me había servido de aya.

La opulenta capital, en vez de agradarme, me causó una impresion dolorosa con su estruendo, su gentío, su lujo.

Solo muy pocas veces, por dar gusto á mi padre, fuí en su compañía al teatro y á los paseos.

Fuimos á habitar una elegante habitacion á la calle de Cadena; pero aquella suntuosidad, aquellos ricos muebles, aquellas pinturas, aquellas lujosas alfombras, que hacian tanto contraste con la alegría, los muebles sencillos, el jardín de nuestra casa de Jalapa, produjeron una desagradable impresion en mi alma.

Como mi padre permanecia fuera casi todo el día, yo pasaba las horas al lado de mi aya hablando de mi madre, contemplando los objetos que le habían pertenecido, y llorando al recordar los pormenores de su existencia.

Pusieronme maestros de música y de dibujo, hizo mi padre venir á una modista para que escogiese yo las telas y las hechuras de mis trajes; pero nada de esto me alagaba; yo sentia esa triste y nostálgica languidez moral que se llama "mal del país."

La brisa de ámbar de la existencia había acabado para mí.

Pocos meses despues, comenzaron á adornar la casa, á traer nuevos y ricos muebles, un suntuoso carruaje.

Un día supe la causa de este movimiento.

Mi padre se iba á casar.

Durante su permanencia en México, mantenía hacia algun tiempo impuras relaciones con una mujer, que aunque no muy jóven, pertenecia á una familia distinguida. Esta familia se componia de otras dos hermanas que se habían casado y una madre que acababa de morir.

Por esta razon se casó mi padre con ella.

Mi madrastra fué á habitar su casa nueva.

Permítame vd., señor algunas palabras sobre ella.

Era una mujer que á pesar de tener cerca de cuarenta años, era todavía y debía haber sido en su juventud muy hermosa.

De elevada y elegante estatura, con un aire de reina, con una mirada altiva y penetrante, con un acento dulce, pero imperioso, era una hermosura muy diferente de la de mi madre que consistia en la afabilidad, en la mirada dulce, en el aire resignado.

Una era hermosa como una diosa; la otra como una santa.

Una era altiva, prostituida, orgullosa; la otra era humilde, virtuosa y sufrida.

Los auspicios bajo los cuales entró á la casa fueron terribles para mí.

Había amado á mi padre con una pasion tan ardiente como impura y sin conocerla había aborrecido á mi buena madre, que aunque había sospechado lo que pasaba, nunca se atrevió á hablar una sola palabra y había llorado en silencio su abandono.

Todo su odio había recaido en mí y desde muy temprano comenzó á atormentarme con él.

Como había adquirido un dominio tan completo sobre mi padre, éste no se atrevia á contrariarla directamente en nada, y ella le hacia creer que las reprensiones que yo recibia sin ofenderla y por las cosas mas insignificantes, eran merecidas.

Pocos días despues despidió á mi aya, bajo el pretexto de que era una mujer de baja clase con quien yo estaba engreida.

Una circunstancia dará á vd., una ligera prueba del carácter de mi madrastra y de sus sentimientos hácia mí.

Yo iba vestida de luto, porque aun no hacia un año que mi buena madre habia muerto.

Una mañana me preguntó con altanería:

—¿Y por qué no se pone vd. señorita, esos trajes que su padre le ha mandado hacer últimamente?

—Es que aun no se cumple el tiempo de que deje el luto, la respondí con temor.

—Ya con lo que lo ha llevado vd. basta, y esta noche iremos al teatro vestidas de color, exclamó.

Yo me opuse y lloré; pero mi padre vino á suplicarme lo hiciese y me dejó arrastrar sollozando al espectáculo para darle gusto y evitar nuevos rencores.

Y lo hacia para atormentarme, poniendo un especial cuidado en hacerme padecer.

Fué tan audaz y tan poco delicada, que me hizo entregarle algunas joyas y objetos de valor que habian pertenecido á mi madre y que yo me proponia conservar á toda costa.

Lo que yo sentí al ver engalanada á aquella mujer con objetos santificados por mi madre, es imposible de decir; pero lloré y me resigné sin proferir una queja.

Como mi padre permanecia fuera casi todo el dia, yo quedaba entregada á aquella mujer, que habia reconcentrado en mí todo su odio.

Referiré á vd. otra injusticia.

En mi aposento y arriba de mi lecho, tenia yo como el del ángel de mi guarda, un pequeño retrato de mi madre, lo confieso, todas las mañanas, me ponía ante él de rodillas y oraba porque el odio de mi madrastra se calmase.

Una mañana me sorprendió en esta posicion y me preguntó con acento de cólera.

—¿Qué hace vd. de esa suerte?

—Nada, señora, la respondí; rezo por el descanso del alma de mi madre.

—Creo, continuó, que vd. se ha propuesto irritarme con esa eterna consagracion á la memoria de esa.....

—¡Silencio, señora! exclamé al escuchar la terrible palabra que habia proferido.

Pero entonces ella, rabiosa como una pantera, se arrojó sobre el retrato, lo arrancó de su sitio y... lo pateó haciéndole pedazos, exclamó Amparo llorando á este recuerdo.

—¡Dios mio! ¡qué infamia! exclamó Roman horrorizado.

Cuando hubo salido, recogí el retrato, lo limpié del polvo, y despues de haberlo cubierto de besos y lágrimas, lo guardé cuidadosamente en mi ropero.

Mi madrastra dijo á mi padre cuando volvió, que yo era una hipócrita, que con mi aire de candor y resignacion la hacia desesperar. Yo conté á mi padre sencillamente lo que habia pasado, él entonces se atrevió á reprenderla y esta repencion avivó mas su odio contra mí.

No perdía ocasion de atormentarme. Si encerrada en mi aposento trabajaba yo sobre mi labor, decia que huía yo su compañía, si leía, era porque era yo literata y romántica, si rehusaba acompañarla al teatro ó á las tertulias, era por malicia para hablar durante su ausencia con un amante.

Y no era porque lo creyese así, pero procuraba hacerlo creer á mi padre.

Bajo el pretexto de que era una parienta pobre, habia llevado á vivir á su lado á una mujer de su misma clase y antigua compañera de su juventud.

Figúreme vd., señor, entregada á aquellas dos mujeres que me aborrecian de muerte.

Veía yo con dolor y sin poderlo impedir, á mi madrastra derrochar el dinero que recibia de mi padre, en un lujo desenfrenado y verdaderamente escandaloso.

Habia un sinnúmero de criados ladrones y desmoralizados que de nada servían y á quienes no se tomaba cuenta de nada.

Yo, por amor á mi padre, intentaba algunas veces poner coto á este desórden; pero los criados que veían el desprecio con que era yo tratada por mi madrastra, se quejaban á ella, y esto me acarreaba nuevos insultos.

Concertaba ella con su amiga proyectos de placer, y como mi padre nada le negaba, podia satisfacer sus menores deseos.

Habia hecho adornar suntuosamente el salon, y ademas de

las tertulias que todas las noches se organizaban en él, daba muy frecuentemente espléndidas fiestas.

Concurría á ellas lo mas florido y á la par lo mas impuro de la sociedad mexicana.

Casi nunca iba yo al salon y permanecía encerrada en mi cuarto á riesgo de arrostrar el enojo de mi madrastra.

Figúrese vd., señor, cuánto debia sufrir en aquel escandaloso estruendo, yo, que estaba acostumbrada al silencio, al recogimiento, á la dulce tranquilidad de mi casa de Jalapa, á la compañía y tiernos consejos de mi buena madre.

La vida que ella llevaba era escandalosa.

Se levantaba á las once, y despues de haberse hecho ataviar lujosamente por una de sus muchas criadas, salia en carruaje y pasaba el resto de la mañana en visitas, en las casas de modistas, en los almacenes de las calles de Plateros y la Monterilla.

Cerca de las tres volvia con su amiga, cargadas ambas con sus compras, que consistian en juguetes de tocador que le costaban sin embargo bastante dinero, y casi los mas dias tambien con telas ricas para trajes.

Cuando mi padre volvia de palacio, la encontraba perfectamente ataviada, porque como ya el brillo de su hermosura se habia opacado un tanto, ponía especial cuidado en conservarla intacta á fuerza de afeites y de adornos.

Comiamos todos juntos, y durante la comida, no perdía ocasion de hablar mal de mí á mi padre, con disimulo, para que él no creyese que era una guerra abierta la que me habia declarado.

Por la tarde se iba á Bucareli con su amiga. Aunque algunas veces me invitaba á acompañarlas, yo casi siempre rehusaba y me quedaba encerrada en mi aposento leyendo, orando ó trabajando sobre mi labor.

Dos veces á la semana durante la noche daba tertulias, las demas noches se iban al teatro volviendo despues de las doce.

He dicho que se vestía de una manera deslumbrante y era citada como modelo de elegancia y buen gusto.

Entre los tertulianos mas constantes, habia uno que se llamaba Isidoro de San Roman.

Era un jóven muy rico, muy gallardo, muy calavera, sumer-

gido completamente en la disipacion y los placeres, sin que en su alma se abrigase ningun noble sentimiento.

Era de los mas asiduos compañeros de placer de mi madrastra.

Le tenia ésta un cariño especial, le caía en gracia cuanto él hacia ó refería, por mas que sus narraciones sobre aventuras amorosas causasen espanto á un cerazon honrado.

Como él frecuentaba tanto la casa y casi todas las noches acompañaba al teatro á mi madrastra, me vió algunas veces y escité sus deseos.

A pesar de que yo nunca iba al salon, él, por medio de mi madrastra, procuraba acercarse á mí y me hizo algunas insinuaciones; pero yo, que sentía hácia él un profundo desvío, le prohibí severamente que volviera á hablarme, amenazándole con quejarme á mi padre.

Yo habia llegado á la época mas peligrosa de la juventud, en que solo el dulce cuidado de una madre puede guiarnos por la senda de la vida que cubre de flores envenenadas el placer.

Habia cumplido diez y siete años, mi madrastra misma confesaba que era yo muy bella, y la pureza de costumbres, y el método uniforme de vida, habian conservado á mi juventud la frescura de mi infancia.

Entonces, solo la sombra de mi padre me pudo amparar contra la persecucion de aquel jóven, protegido para sus impuros deseos por mi madrastra.

Mi desden convirtió el interés que acaso experimentaba hácia mí, en ódio, y acostumbrado á obtenerlo todo de las fáciles mujeres con que trataba, juró desde aquel momento vengarse tarde ó temprano, de la que lo despreciaba y se habia atrevido á amenazarlo.

¡Ay! las circunstancias debian favorecer mas tarde su venganza.

Amparo permaneció un momento silenciosa.

Se podian escuchar los latidos del corazon de Roman.